

CAMUFLAJE

FREDY AHUMADA



Capítulo 1

CAMUFLAJE

Sucedió la mañana de un domingo en las afueras del mercado. En aquel tiempo ya cursaba el último grado de bachillerato y hasta entonces había logrado pasar desapercibido en la multitud.

Me refiero a la multitud que concurría en busca de los baratillos y las promociones de los comerciantes barranquilleros que todos los domingos invadían las inmediaciones del mercado de Ciénaga con sus ordinarias mesas de madera. Por los pasadizos que formaban la separación de las mesas, la gente se aglomeraba de tal manera, que, apenas se podía transitar. Era impresionante ver cómo se llevaba a cabo el intercambio comercial en medio del desorden provocado por el tumulto.

A mí pues, la gran afluencia de personas me obligaba a estar atento, y por eso aquella mañana, como todos los domingos en la mañana, yo estaba a la expectativa para no dejarme sorprender de alguno que pudiera delatarme.

Fueron tantas ocasiones en las que estuve a punto de ser descubierto, pero los años de andanza en el mercado me habían dado la habilidad para camuflarme ante aquellos cuya presencia representaban un peligro para mí.

Era tal el grado de expectación y vigilancia en el cual me hallaba, que, aún a pesar de la multitud y de la distancia, pude divisar el rostro de un potencial delator. Abriéndose paso en la aglomeración, el susodicho caminaba justamente en dirección hacia donde yo me encontraba. Me aferré por un momento a la esperanza de un desvío de su camino. Ese día parecía no acompañarme la suerte, pues contrario a mi deseo, lo vi acercarse tanto que en ese momento tuve el deseo de escabullirme, pero tampoco podía darme el lujo de llegar a ese extremo.

Entonces resolví aplicar la estrategia que por años me había funcionado: retrocedí unos pasos y pedí un guarapo para simular que mi presencia allí era casual. El vendedor notó mi actitud extraña. Mis manos sudaban y mi rostro palidecía por la infortunada aparición.

El aparecido era nada más ni nada menos que Guzmán, el compañero de colegio que lideraba la burla y los saboteos en el salón.

Recostado al carrito de guarapos, pidió uno para él. De su bolsillo sacó unas monedas, y al entregarlas, sucedió lo indeseado: Guzmán pudo

verme pese a mis intentos por ocultarme detrás del vendedor.

Fue tal la extrañeza que le causó mi actitud sospechosa, que de inmediato, y con tono suspicaz, exclamó:

¡Eh valecita, qué haces por aquí!

Notablemente nervioso, le señalé la bolsa de guarapo, y respondí titubeando:

Lo mismo que tú. – tomándome uno para el calor.

Todo iba marchando a mi conveniencia. Faltaba muy poco para anotarme otro triunfo. Sin embargo, antes de retirarse, al desconfiado muchacho le llamó la atención un banquito que reposaba, casi escondido, al lado del carrito de madera. Sobre el banquito se apoyaba una olla en cuyo interior había unos fritos.

¿Quién vende esas arepas? - Preguntó Guzmán.

No tuve escapatoria. El vendedor de guarapos me delató.